



EDITORIAL

Broche y colofón

LA VISITA a la Clínica del gran canciller de la Universidad de Navarra, Monseñor Javier Echevarría, la tertulia que mantuvo con los profesionales del centro y la posterior celebración eucarística han puesto el broche de oro a los actos conmemorativos del 50 aniversario de la institución.

Como colofón, la Clínica ha recibido recientemente tres importantes reconocimientos de entidades externas relevantes, certificando la calidad de sus prestaciones médicas y de su gestión.

Dichas distinciones comienzan con el reconocimiento como hospital español con mejor reputación asistencial por tercer año consecutivo, según el índice MERCO. La Clínica ha sido considerada también el hospital privado español mejor valorado por los médicos, según el último informe al respecto elaborado por la Organización de Consumidores y Usuarios (OCU). De este sondeo, destaca, la valoración como líder en la especialidad de Otorrinolaringología por segunda vez. Por último, la

Clínica integra desde abril la red europea de centros de excelencia en el tratamiento de la obesidad, otorgado por la Sociedad Europea para el Estudio de la Obesidad.

Estas distinciones suponen todo un honor en el que están implicados, no sólo los actuales 2.000 profesionales de la Clínica, si no todos aquellos que han formado parte de su medio siglo de historia y que han posibilitado que sea hoy el centro hospitalario que es. Gracias a todos.



CÓDIGO QR

Los códigos QR (Quick Response Barcode) son un sistema para almacenar información en un código de barras bidimensional.

CÓMO SE UTILIZA

1. Descargue en internet un lector de códigos QR.

Existen lectores QR gratuitos y disponibles para la mayoría de móviles.

2. Una vez instalado el lector.

Cuando vea un código QR abra el lector y coloque la cámara del móvil sobre el código.

3. Acceda a la información.

El código QR le llevará directamente a un contenido: vídeo, página web, tarjeta de visita...

Más de 3.000 personas en la Misa celebrada por el prelado del Opus Dei por los 50 años de la Clínica

La ceremonia eucarística, presidida por monseñor Javier Echevarría, se ofició en las instalaciones del Polideportivo de la Universidad de Navarra

CUN ■ “Celebramos esta Santa Eucaristía con el deseo de agradecer a Dios los cincuenta años del servicio prestado desde la Clínica Universidad de Navarra a toda la sociedad, y para implorar la bendición divina sobre los que allí trabajan y sobre quienes allí buscan recuperar la salud”. Con estas palabras el obispo, prelado del Opus Dei y gran canciller de la Universidad de Navarra, monseñor Javier Echevarría, se dirigió en su homilía a las más de 3.000 personas que participaron en la Santa Misa de celebración del cincuentenario que este año cumple la Clínica.

La ceremonia tuvo lugar el pasado 29 de abril a las 12 horas en el Polideportivo de la Universidad de Navarra, ubicación que el prelado definió como un marco singular. Como edificio integrado en la Universidad, monseñor Echevarría se refirió a las palabras de San Josemaría Escrivá de Balaguer quien, en una homilía ofrecida en este mismo campus en 1967 aseguró: “Nuestra Misa tiene lugar en el entorno del quehacer or-



Monseñor Echevarría al finalizar la celebración de la Misa.

dinario: un ámbito de estudio e investigación, de fraternidad y vida saludable”. La celebración eucarística, presidida por monseñor Echevarría, estuvo celebrada por el vicario general de la Prelatura, Fernando Ocañez; por el vicario del Opus Dei en España y vice gran canciller de la Universidad de Navarra, Ramón Herrando; por el vicario del Opus Dei de la Delegación de Pamplona, Rafael Salvador, y por el director de Capellanía de la Clínica, Narciso Sánchez.

Entre los participantes en la celebración eucarística desta-

có la presencia de la delegada del Gobierno, Carmen Alba, del alcalde de Pamplona, Enrique Maya, y del consejero de Educación del Gobierno de Navarra, José Iribas. Por parte de la Universidad de Navarra asistieron el rector, Ángel J. Gómez-Montoro, la Comisión Permanente, constituida por todos sus vicerrectores, así como los miembros del Consejo de Dirección de la Clínica, encabezado por su director general, José Andrés Gómez Cantero, el director médico, el doctor Nicolás García, la sub-

directora, doctora Esperanza Lozano, el subdirector, doctor Jorge Quiroga, la directora de Enfermería, Carmen Rumeu y el director de Operaciones, Iñigo Goenaga.

El gran canciller tuvo palabras para todos los profesionales de esta institución a quienes se dirigió para subrayarles el fin último de su labor: la superación diaria, el alivio del sufrimiento de los enfermos y la elevación de su trabajo en ofrenda a Dios.

Monseñor Echevarría subrayó que “atender a los enfermos con caridad cristiana y ofrecerles los remedios a su alcance ha sido siempre una característica distintiva de los discípulos de Jesucristo”. Recordó así las palabras del beato Juan Pablo II: “La Iglesia, que nace del misterio de la redención en la Cruz de Cristo, está obligada a buscar el encuentro con el hombre, de modo particular en el camino de su sufrimiento. En tal encuentro el hombre se convierte en el camino de la Iglesia, y éste es uno de los caminos más importantes”.



Caridad cristiana en la atención a los enfermos

I

Queridos hermanos y hermanas.

Hoy, cuarto domingo de Pascua, la liturgia de la Iglesia se centra en la figura de Jesucristo, Buen Pastor, que cuida de sus ovejas, sale en busca de la que se perdió o tuvo un descalabro, y la conduce de nuevo al redil. Lo había anunciado el profeta Ezequiel muchos siglos antes, poniendo en boca de Dios estas palabras: *Yo mismo pastorearé mis ovejas y las haré descansar. Buscaré a la perdida, haré volver a la extraviada, vendaré a la que esté herida y curaré a la enferma* (Ez 34, 15-16).

La primera lectura se hace eco de esa solicitud del Buen Pastor. Pedro y Juan habían curado a un paralítico a las puertas del Templo. Ante los jefes del pueblo, que les preguntan acerca de esa curación, responden prontamente: *Si nos interrogáis hoy sobre el bien realizado a un hombre enfermo, y por quién ha sido sanado, quede claro a todos vosotros y a todo el pueblo de Israel que ha sido por el nombre de Jesucristo Nazareno* (Hch 4, 8-9).

Atender a los enfermos con caridad cristiana, y ofrecerles los remedios a su alcance, ha sido siempre una característica distintiva de los discípulos de Jesucristo. Como señalaba el beato Juan Pablo II, “la Iglesia, que nace del misterio de la redención en la Cruz de Cristo, está obligada a *buscar el encuentro* con el hombre, de modo particular en el camino de su sufrimiento. En tal encuentro el hombre “se convierte en el camino de la Iglesia”, y éste es uno de los caminos más importantes”.

Celebramos esta Santa Eucaristía con el deseo de agradecer a Dios los cincuenta años del servicio prestado desde la Clínica Universidad de Navarra a toda la sociedad, y para implorar la bendición divina sobre los que allí trabajan y sobre quienes allí buscan recuperar la salud. El recinto que acoge nuestra celebración litúrgica constituye un marco singular: es el edificio polideportivo de la Universidad. Se trata de unas instalaciones destinadas al deporte, es decir, a realizar una actividad de descanso alegre y sano, que, a la vez que entona el cuerpo, puede encender el alma, cuando ayuda a crear y desarrollar entre los participantes vínculos de amistad que acercan a Dios. Es un edificio universitario más, dentro del *campus*, junto a otros que albergan la biblioteca, las aulas, los laboratorios, o la misma clínica universitaria. Nuestra Misa tiene lugar –como san Josemaría Escrivá de Balaguer señaló en la inolvidable homilía del *campus*, en 1967– en el entorno del quehacer ordinario: un ámbito de estudio e investigación, de fraternidad y vida saludable.

La Clínica nació del impulso del Fundador de esta alma mater, que ha sido uno de esos sacerdotes santos que el Paráclito suscita en la Iglesia para que nos guíen con su ejemplo y con su doctrina, para que pongan de relieve en el mundo la figura de Jesucristo, el Buen Pastor de todos. Por eso, también el Fundador del Opus Dei, desde los comienzos de la Obra, mostró una especial solicitud hacia los enfermos.

II

Detengámonos ahora en el Evangelio de la Misa. Contemplemos a Jesús y escuchemos lo que nos dice: *Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas* (Jn 10, 11). Y meditemos que, en la Cruz, se ha manifestado plenamente su amor, porque asumió voluntariamente el dolor y la muerte por nosotros y por nuestra salvación, para redimirnos de la es-

clavitud del pecado. Gracias a esta entrega, a este holocausto del Maestro, el pecado, el dolor y la muerte no tienen ya la última palabra. Lo que, a los ojos de los hombres, parecía un fracaso, se muestra en realidad como el mayor triunfo acontecido en la historia. Y, con toda lógica, hemos repetido con el Salmo responsorial: *La piedra que desecharon los constructores es ahora la piedra angular* (Sal 117 [118] 22).

En la celebración eucarística se revela esa generosidad sin límites del Buen Pastor. En cada Misa se hace presente sacramentalmente el mismo Sacrificio del Calvario, con toda su eficacia redentora. Así lo experimentó el Fundador de la Obra un día de 1931, mientras celebraba el Santo Sacrificio del Altar. En aquella ocasión, escuchó en el fondo del alma, sin ruido de palabras, al Señor que le puntualizaba: *Yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí* (Jn 12, 32). **Y comprendí** –escribió después– **que serán los hombres y mujeres de Dios quienes levantarán la Cruz con las doctrinas de Cristo sobre el pináculo de toda actividad humana... Y vi triunfar al Señor, atrayendo a Sí todas las cosas.**

No hay existencia cristiana sin Cruz. Cuando llevaba pocos años como sacerdote joven, san Josemaría pasaba muchas horas a la cabecera de los enfermos, acompañándolos y consolándolos en su dolor, poniendo a su disposición su calor humano y el don precioso de los sacramentos. Veía en ellos la figura amable y doliente de Cristo, cargado con nuestros pesares y sufrimientos, y sentía ansias de aliviar a Cristo, a quien veía en los enfermos.

Pocos años antes, en 1928, el Señor le había hecho ver el Opus Dei, camino de santificación en el trabajo profesional y en las circunstancias ordinarias del cristiano; y desde entonces dedicó sus días al cumplimiento de la tarea que Dios le había encomendado. Fiel a ese espíritu, impulsó –entre otras muchas actividades apostólicas– la puesta en marcha de la Universidad de Navarra: una iniciativa civil, imbuida del espíritu cristiano, llevada a cabo por hombres y mujeres que aman apasionadamente el mundo en el que viven y que, por amor al mundo, intentan aportar lo mejor que poseen: su capacitación científica, humanista y técnica, su afán de servicio, y el gozo de la fe, la alegría de haber encontrado a Jesucristo.

En el corazón de san Josemaría –lo he recordado pocos momentos antes– siempre ocuparon un lugar privilegiado los pacientes. Es bien expresiva la anotación que dejó escrita cuando se vio obligado a recortar la frecuencia de sus visitas a los hospitales de Madrid, para dedicarse a la labor que el Señor le pedía: la consolidación del Opus Dei. Escribió entonces: **Mi Jesús no quiere que le deje, y me recordó que Él está clavado en una cama del hospital...** Tal vez por eso, puso particular empeño en que una de las primeras Facultades de la Universidad de Navarra fuera la de Medicina, y en que contase con una clínica universitaria, aunque era bien consciente de la ingente dificultad que suponía sacar adelante ese proyecto.

Hoy queremos agradecer la fidelidad de nuestro Fundador y también la entrega de aquellas mujeres y aquellos hombres que, con generosa y total disponibilidad, hicieron posible la realización de esas aspiraciones de san Josemaría, así como la de quienes hoy continúan su tarea. En la imposibilidad de nombrarlas a todas, me limitaré a recordar a algunas personas, ya fallecidas, que de alguna manera representan a las demás: los profesores Jiménez Vargas y Ortiz de Landázuri, que pusieron todo su empeño en sacar adelante la Facultad de Medicina y la Clínica, respectivamente; la doctora Mari Carmen Adalid y

Amelia Fontán, una de las Directoras, que contribuyeron a dar el impulso inicial a la Escuela de Enfermeras. Todos y todas se hallaban movidos por el deseo de alcanzar la santidad, que les había inculcado san Josemaría. Un suceso de la vida del Dr. Ortiz de Landáuzuri constituye una muestra evidente de ese deseo. Cuenta uno de sus biógrafos que, cuando se trasladó desde Granada a Pamplona con toda su familia, el insigne profesor Carlos Jiménez Díaz, maestro suyo y lumínico de la Medicina española, le preguntó: “Si usted tuviera que elegir entre ser santo o ganar el premio Nobel, ¿qué elegiría?” La respuesta de Eduardo fue rápida y clara: “Don Carlos, no hay ninguna contradicción; si quiero ser santo, tengo que trabajar como para ganar el premio Nobel”.

III

El Fundador de nuestra universidad veía en la actividad ordinaria de la Clínica una excelente ocasión para que cada uno, cada una, ejercitase el alma sacerdotal propia de todos los cristianos. Por eso, respondiendo en una ocasión a la pregunta de un traumatólogo acerca de cómo evitar la rutina en la actuación profesional, le sugirió: **Ten presencia de Dios. Invoca a la Madre de Dios, como ya lo haces. Ayer estuve con un enfermo al que quiero con todo mi corazón de Padre, y comprendo la gran labor sacerdotal que hacéis los médicos. Tienes que actualizar ese sacerdocio. Cuando te laves las manos, cuando te pongas la bata, cuando te metas los guantes, piensa en Dios y en ese sacerdocio real del que habla san Pedro. Entonces no tendrás rutina: harás bien a los cuerpos y a las almas.**

San Josemaría animaba a contemplar la realidad sin limitarse a los aspectos técnicos, aunque los considerara imprescindibles. Su mirada llegaba más al fondo: a las personas con las que trabajar, a las que servir, a las que comprender, a las que consolar, a las que curar. Por eso valoraba grandemente la labor de las enfermeras, siempre disponibles para atender a los pacientes con una extraordinaria preparación profesional y un acogedor calor humano. Esta profesión, en efecto, a la vez que requiere gran capacitación técnica, ofrece muchas ocasiones de ejercitar el alma sacerdotal. Como enseña Benedicto XVI, “la grandeza de la humanidad está determinada esencialmente por su relación con el sufrimiento y con el que sufre. Esto es válido tanto para el individuo como para la sociedad. Una sociedad que no logra aceptar a los que sufren y no es capaz de contribuir mediante la compasión a que el sufrimiento sea compartido y sobrellevado también interiormente, es una sociedad cruel e inhumana”

Así lo hacía notar san Josemaría a una enfermera de la Clínica que le preguntó cómo hacer mejor su trabajo: **Vuestra labor –le respondió– es un sacerdocio, tanto y más que el de los médicos (...), porque estáis siempre junto al enfermo. El médico va, y luego se marcha; los llevará en la cabeza, pero no los tiene constantemente ahí, delante de los ojos. De manera que pienso que ser enfermera es una vocación particular de cristiana. Pero, para que esa vocación se perfeccione, es preciso que seáis unas enfermeras bien preparadas, científicamente, y luego que tengáis una delicadeza muy grande: la delicadeza de que lleva fama la Facultad y la Clínica Universidad de Navarra.**

Para san Josemaría estaba claro que los enfermos han de ser atendidos con pleno respeto a su dignidad, tanto desde el punto de vista médico como espiritual y humano. Por eso, en la Clínica, el cuidado de la decoración, o los servicios de

lavandería y cocina, son tan importantes como los más sofisticados medios técnicos al servicio de las tareas diagnósticas o quirúrgicas. Estoy seguro de que el Señor contempla con particular afecto a las personas que, en esas tareas, conjugan su capacitación técnica con un amor creativo que hace más llevadero el rigor de la enfermedad.

Tanto la ciencia médica como el calor humano, en un ambiente familiar, son importantes para aliviar el dolor siempre que resulte posible. Ciertamente el sufrimiento es uno de los tesoros del hombre sobre la tierra, y no cabe jamás despreciarlo; pero san Josemaría insistió también, con sentido común y sobrenatural, en una regla básica de prudencia y de caridad: **El dolor físico, cuando se puede quitar, se quita. ¡Bastantes sufrimientos hay en la vida! Y cuando no se puede quitar, se ofrece.**

IV

En sus cincuenta años de existencia, la Clínica Universidad de Navarra se ha convertido en una institución de vanguardia al servicio de la salud; a la vez, se alza en cada jornada como un gran santuario desde el que se eleva al Cielo una oblación pura y muy grata a Dios, por parte de mujeres y hombres, enfermos y profesionales de la salud, que –cada uno desde su sitio– dan testimonio de que alma sacerdotal y profesionalidad laical se complementan perfectamente. Veo la clínica –permitidme la expresión– como una gran fábrica de ciencia y de santidad. Ya es significativa su aportación a la mejora de la asistencia sanitaria de muchas personas; y muy relevante también su importancia para el futuro, pues los católicos estamos llamados a redescubrir los senderos más adecuados para la nueva evangelización de la sociedad civil, que necesita superar viejos modelos de tecnicismos cerrados al espíritu, para abrirse plenamente al servicio de cada hombre y de todo el hombre.

Los que nos sabemos hijos de Dios tenemos mucho que aportar al mundo en que vivimos. Durante el tiempo pascual, la liturgia nos ayuda a ser conscientes de lo que somos y de lo que se espera de nosotros. Lo hemos escuchado en la segunda lectura, tomada de la primera carta de san Juan: **Queridísimos: ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos** (1 Jn 3, 2). Caminamos como portadores de esperanza en esta tierra oscurecida por el desánimo ante la crisis material y espiritual que atraviesa la sociedad. Como hijos de Dios, somos –en palabras de san Josemaría– **portadores de la única llama capaz de iluminar los caminos terrenos de las almas, del único fulgor, en el que nunca podrán darse oscuridades, penumbras ni sombras.**

Acudamos a Santa María, a quien la Iglesia invoca como *Salus infirmorum*, Salud de los enfermos. Le pedimos que, como a Juan, el discípulo amado a quien recibió como hijo junto a la Cruz de Jesús, nos enseñe a descubrir el sentido cristiano del dolor y del buen Amor. Que aprendamos a poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades, con nuestro trabajo bien acabado, de modo que sus frutos se derramen con abundancia sobre el mundo, llevando la salud al cuerpo y la salvación al alma. Así sea.



Monseñor Echevarría conversa con la Clínica

Con motivo del 50 aniversario de la Clínica, el gran canciller de la Universidad de Navarra, monseñor Javier Echevarría, se reunió con una nutrida representación de profesionales del centro hospitalario. Durante la tertulia pidió a los presentes oraciones por los pastores de la Iglesia y la voluntad de "afrontar la realidad con optimismo sobrenatural". Respondió así a varias preguntas.

1

ALICIA GARÍSOAIN, madre y abuela, con varios casos de cáncer curados en su familia: **"Aun aceptando el dolor, cuesta entender por qué nos lo envía Dios. Si me lo hubiera pedido directamente, quizás le hubiese dicho que no"**

"Como dijo San Josemaría: 'Si se puede, el dolor hay que evitarlo y si no se puede, hay que ofrecerlo'"

Respuesta: "Me da mucha alegría que percibas que en la Clínica se pone en práctica lo que san Josemaría predicó y vivió desde que era muy joven: ver a Cristo en los enfermos. Por eso, si te lo hubiese pedido Dios directamente, le habrías dicho que sí, porque era Cristo quien te lo pedía y extendía las manos diciendo

"ahora necesito tu dolor y tu sacrificio". (...) el Dios perfecto, el Padre amorosísimo -que no tiene dimensión en la tierra que pueda abarcar ese amor del Padre por su Hijo- lo entregó para que fuera a la Cruz. Porque el dolor es la prueba más clara y el testimonio más evidente del amor (...) Tú has hecho generosamente con tus

hijos ese ofrecimiento del cáncer. Te recomiendo, que de la misma manera que has amado con toda tu alma a tu marido y lo sigues haciendo ahora, dialogues con él. Que tengas presencia de Dios hablando con tu marido porque, como decía san Josemaría, los amores buenos, grandes, que se tienen en la tierra no se acaban cuan-



do uno se marcha. (...) Por tanto, como dijo san Josemaría, el dolor hay que evitarlo y si no se puede, hay que ofrecerlo.

2

TERESA LLÁCER, enfermera supervisora de hospitalización quirúrgica de la Clínica: **"¿Cómo hacer para vivir y transmitir la importancia de la delicadeza con los pacientes y para mantener ese tono de excelencia en los cuidados, a pesar de las dificultades?"**

"Cuando os veáis en un momento de cansancio enfrenaos a él y pedid: Señor, que yo trate a este paciente como lo harías tú"

Respuesta: "San Josemaría, una de las primeras cosas que dijo a aquellos médicos y enfermeras que emprendieron esta tarea (la Clínica) fue: 'Tratad con mucho respeto el cuerpo de los pacientes; que noten perfectísimamente que estáis atentas para no superar lo que es su intimidad. (...)', de forma que el enfermo o la enferma

piense: No soy una cosa, soy una persona, y ahora que estoy necesitado de cuidados atentos, me tratan como lo que soy, con un respeto a mi vida, a mi cuerpo y a mi intimidad. Pues seguid haciéndolo así.

Y me preguntas que cómo hacer para mantener ese nivel alto. Os recomiendo que leáis el Evangelio, pero como decía

san Josemaría, "viviéndolo". Y ahí os daréis cuenta de la grandeza y misericordia de Dios, que no solamente ha querido tomar nuestros cuerpos, nuestra naturaleza, sino que además también se cansaba, también se sentía sólo, también lloró. Pues cuando os veáis en un momento de cansancio (...) enfrenaos con él y decidle: Se-



ñor, que yo trate a este paciente -o a estos pacientes- como tú lo harías. Es lo que hizo san Josemaría cuando se encontró con almas necesitadas. Dijo concretamente: "Tengo que tratar a esta persona como lo haría Cristo".

3 **ÁLVARO RUIZ ZAMBRANA**, ginecólogo y padre de 4 hijos. **“Trabajo mucho en lo que me gusta y dedico el tiempo del que dispongo a mi familia. A pesar del gran engranaje que hace mi mujer, acabamos agotados ¿Cómo compaginar trabajo y familia y hacer ambas cosas bien?”**

“Pensad: ¿Qué he hecho hoy para quitar penas y compartir las alegrías de todos? Vivid así llevándolo a vuestro hogar”

Respuesta: “Me produce mucha alegría que estés enamorado de tu trabajo porque es la ofrenda que puedes hacer todos los días al Señor, uniéndolo al sacrificio del Altar. (...) te aconsejo lo que decía san Josemaría a tantas hijas y a tantos hijos suyos: que tengas en la mesa de trabajo una fotografía de tu mujer y de tus hijos, y

que les digas: ‘Voy a trabajar haciéndolo bien, pensando en que esta oración que dirijo al Señor por el trabajo la hago por vosotros’. Y después, cuando llegéis cansados, no os quejéis, que no se convierta la casa en un lamento continuo, al contrario. (...) Y que cuando estéis juntos os preguntéis con interés ‘¿qué has hecho?’. Con

el mismísimo interés de cuando os conocisteis”.

“(…) Es tan estúpida la situación de quien ama a Dios, que nunca se queda a solas; siempre está con Dios Padre, con Dios Hijo, con Dios Espíritu Santo y con todas sus hermanas y sus hermanos, que son la humanidad. Hay que rezar todos los días por toda la



humanidad y pensar delante de Dios: ¿Qué he hecho hoy para quitar un poco de las penas, de los dolores, y para compartir las alegrías de todos? Vivid así llevándolo a vuestro hogar. Que estéis muy unidos los dos y que vuestro hijos aprendan a querer por el cariño que os tenéis vosotros dos”.

4 **CAMINO PÉREZ**, en el Servicio Limpieza de la Clínica desde hace 10 años. **“Desde nuestro trabajo ¿qué podemos hacer para propiciar ese ambiente familiar y no perder nunca ese espíritu de servicio a los demás en una sociedad tan competitiva como la que vivimos?”**

“Debemos llevar ese ambiente de familia, de que los demás no nos resultan indiferentes, a los lugares donde trabajamos”

Respuesta: “(...) San Josemaría, nos repetía que el Opus Dei quiere ser una prolongación de la casa de Nazaret, donde no se conjugaba el yo sino el vosotros. Y podéis imaginaros a Jesús, a María y a José, cada uno muy pendiente de los otros dos. Aquello ya era un anticipo del cielo. Lo mismo deben ser los lugares de trabajo. Debe-

mos estar convencidos de que hemos de llevar ese ambiente de familia, ese ambiente de que los demás no nos pueden resultar indiferentes, a los lugares donde trabajamos. (...) Vive esa intimidad de familia en el ambiente donde trabajas. Y seguid trabajando con ese empeño, porque haciéndolo como lo que es la Clínica y lo

que es la Universidad -vuestro hogar- dais luz y hacéis que luzca más el amor de Dios, que ha querido servirse de la Obra para que muchas personas se acerquen al Señor”.

“Al mismo tiempo os vuelvo a insistir: leed el Evangelio, pero viviéndolo. (...) Quiere mucho a tus colegas y trátalas muy bien. Y te diré que en una



clínica, una mujer del Opus Dei que se ocupaba también de la parte de la limpieza, fue la que consiguió que un hombre que estaba totalmente despegado y alejado del Señor, viendo el amor que ella ponía en ese trabajo material, tuviera un cambio y terminara su vida acercándose a Dios”.

5 **MARÍA FERNÁNDEZ**, termina la especialidad de Digestivo y empieza en un hospital de Mondragón. **“¿Cómo puedo ayudar a los pacientes y a mis compañeros de trabajo a digerir bien situaciones difíciles como es la enfermedad, a darle sentido y a acercarlos más a Dios?”**

“Hay que amar y trasladar a nuestros compañeros la necesidad de ayudar a las personas que atendamos a digerir el dolor”

Respuesta: “Qué cantidad de cosas buenas podemos hacer –cada mujer y cada hombre– si sabemos querer. San Josemaría escribió algo que había puesto en sus apuntes íntimos en los años 30, diciendo: ‘Señor, enséñame a amar’. Pues pidamos todos los días que nos enseñe a amar. Pero no solamente al Señor –que se lo

debemos– que nos ha creado para a amar y alabar a Dios, sino también para que amemos a las demás personas, porque son criaturas en quien Dios ha puesto sus complacencias”.

“(…) Lo decía muy bien el queridísimo don Álvaro del Portillo: ‘Cuando se ama, se habla de lo que se tiene dentro, con naturalidad’. Pues habla

de la vida cristiana y diles a tus compañeros médicos y al personal que esté allí: ‘Tenemos que santificar estas cosas’. También hay que amar y trasladar a nuestros compañeros la necesidad de ayudar a las personas que atendamos enseñándoles a digerir el dolor, a amar el dolor y a ofrecerlo al Señor. Pide muchas oracio-

nes a los enfermos, que son muy valiosas, y sirven para mantener a la Iglesia en pie de guerra; pie de guerra de paz y de alegría. Prepárate bien profesionalmente. (...) Procura llevar el ambiente de la Obra a Mondragón y a todos los sitios. (...) Trata con mucho cariño a todas las personas para que tú seas un foco de luz”.



6 **CRISTINA AUBÁ**, cirujana plástica de la Clínica. **“Me gustaría saber, Padre, ¿qué debemos hacer para ser conscientes cada día de que con lo que uno hace está transformando el ambiente que a uno le rodea?”**

“Que el aspecto externo sea reflejo de un aspecto interno que ofrezca alegría, que dé a Dios la gloria que le debemos dar”

Respuesta: “No penséis que la santidad está en cosas extraordinarias o en hacer milagros que no podemos hacer las mujeres y los hombres, sino en el milagro de santificar cada momento.

(…) Por eso es bueno que – desde luego– cuidéis el aspecto pero también que cuidemos el aspecto del alma. Y que sea-

mos mujeres y hombres que aman los sacramentos, que son las huella del paso de Jesucristo por esta tierra. No tengamos miedo en hacer un apostolado de los sacramentos y –concretamente– de la confesión y de la eucaristía. La confesión es muy importante, hijos míos. Es ese Dios que ha ido a la Cruz y, como decía san Josemaría,

está con los brazos extendidos, no para fastidiarnos sino para decir: ‘Aquí abro mis brazos y os puedo acoger a todos, como al hijo pródigo’. Y san Josemaría, que era consciente de que también era pecador, decía: ‘Yo hago todos los días muchas veces de hijo pródigo; cuando me doy cuenta de que tengo un error o podía haber si-

do más generoso, voy a pedirle perdón”. (...) “Tú, con tu profesión, afina para no exagerar en gastos. No digo que no os cuidéis, pero que sea el gasto de una persona responsable. Vamos a esforzarnos todos para que el aspecto externo sea reflejo de un aspecto interno que dé alegría, que dé a Dios la gloria que debemos dar”.



7

VERÓNICA MACHADO, 5º de Medicina en la Universidad de Navarra, de Ecuador. **"A los 12 años tuve cáncer. Me trataron en la Clínica y decidí estudiar Medicina aquí. Pero los malos momentos se olvidan y también a valorar lo esencial ¿Cómo puedo seguir valorándolo?"**

"Debemos saber dar un manotazo a lo que sea frívolo, a lo que nos pueda apartar de ese 'movernos en la presencia de Dios'"

Respuesta: "(...). Cuando la situación aprieta somos capaces de muchos sacrificios y cambios. (...) El Señor quiere que nos demos cuenta de que en los tiempos de alegría, cuando nos encontramos fuertes, son también tiempos de Dios. Y es muy importante que, al final del día, en ese examen que debemos hacer, veamos cómo

hemos amado a Dios y cómo podíamos haberle amado más; y cómo queremos corregirnos en aquellas cosas en las que no hayamos amado como debíamos. Pues al llegar a este examen tú y todos debemos pensar: ¿Qué podía haber hecho yo para ser enteramente una mujer que lleva en el alma aquella definición que estudiábamos

en el pequeño catecismo hace muchos años?: '¿Qué quiere decir cristiano?' Cristiano quiere decir hombre –o mujer– de Cristo. La gente tiene que notar en tu comportamiento a Cristo que pasa. Y para eso, es lógico que sepamos dar un manotazo a lo que sea frívolo, a lo que nos pueda apartar de ese 'movernos en la presencia de Dios';



a que no tratemos las cosas con la soltura y desparpajo de quien no le importa que Dios se quede un poco triste porque no le correspondemos. Te diré que san Josemaría puso en su habitación, para vivirlo, en unos azulejos encima de la embocadura de una puerta: 'Aparta Señor, de mí, lo que me aparte de ti. (...)'"

8

FRANCISCO GUILLÉN, especialista en Medicina Preventiva, padre de 3 hijas, de Murcia. **La Clínica es ahora como una barca en medio de la tempestad de la crisis ¿Qué debemos hacer? Y al terminar la crisis ¿hacia dónde debería ir la Clínica en los próximos 50 años?**

"Rezad por las personas que están en paro, por quienes no tienen trabajo. Tenemos que acompañarles en esa tragedia"

Respuesta: "(...) Que conste que con crisis y sin crisis tenemos que hacer las cosas muy bien para que desde la Clínica y desde todos los lugares de la Universidad, desde todos los sitios, se alcance un ofrecimiento a Dios que sea –dentro de nuestras limitaciones– lo más perfecto posible. (...) Yo os pido una cosa: rezad por la gente

que está en el paro, por la gente que no tiene trabajo. Tenemos que acompañarles en esa tragedia. (...) Hijos míos: en estos momentos de crisis no podemos vivir 'yo a lo mío y a los demás que les parta un rayo, no'. (...) En este tiempo de crisis, también debemos agudizar la mente, la cabeza, para ver cómo podemos colaborar

para que la Clínica pueda salir adelante, pueda seguir dando la atención que está prestando y que incluso se extienda mucho más.

(...) ¿Yo qué espero para los 50 próximos años? Os pido que recemos para que no desencantemos al Señor. (...) Es completamente necesario que se nos meta en la cabeza



que la santificación de la vida ordinaria pasa por la santificación del trabajo. Eso es lo que tenemos que hacer, santificar cada día el trabajo y así en la Clínica llegaremos mucho más lejos, a muchas más personas, y –sobre todo– daremos más gloria a Dios".

Una Custodia Eucarística, ofrenda por el 50 aniversario

El obsequio de agradecimiento de los profesionales, pacientes y familiares de la Clínica se le entregó al gran canciller de la Universidad de Navarra, quien decidirá su destino más oportuno

ORFEBRERÍA SEVILLANA



La Custodia ha sido elaborada fundamentalmente en plata por el Estudio de Orfebrería Triana de Sevilla. La pieza mide 75 cm de altura y pesa 7 kg.

CUN ■ Un grupo de profesionales de la Clínica, con la colaboración de pacientes y familiares, ha tenido la iniciativa de encargar a un orfebre la elaboración de una Custodia, como muestra de agradecimiento a Dios por la celebración del 50 aniversario del centro hospitalario. El obsequio fue entregado al gran canciller de la Universidad de Navarra, Monseñor Echevarría, para que disponga el destino que considere más oportuno para la pieza.

Tras barajar varias opciones de ofrenda, finalmente, los profesionales promotores del obsequio se decidieron por el encargo de una Custodia, debido al impulso que han otorgado a la Adoración Eucarística tanto el Papa Juan Pablo II, como continúa haciéndolo el actual Pontífice Benedicto XVI.

La Custodia fue entregada al prelado del Opus Dei con motivo de la visita que realizó recientemente a Pamplona para celebrar con los profesionales de la Clínica una tertulia y una Misa conmemorativas del 50 aniversario del centro.

DETALLES DE LA OBRA DE ORFEBRERÍA. Los impulsores de la ofrenda encargaron la elaboración de la Custodia al Estudio de Orfebrería Triana, empresa ubicada en Sevilla hace más de 50 años. La pieza, que mide 75 cm de altura y pesa 7 kg, está fabricada fundamentalmente en plata, “rematándose el viril y el conjunto de ángeles en dorado”, describe el orfebre Juan Borrero León, director del Estudio.



D. Narciso Sánchez, director del Servicio de Capellanía de la Clínica, durante la bendición de la Custodia.

El sufragio de la Custodia se ha realizado mediante aportaciones voluntarias de los profesionales de la Clínica, pacientes y familiares interesados quienes

La pieza se ha costeado con aportaciones voluntarias y anónimas de profesionales de la Clínica, pacientes y familiares

entregaron sus donativos de forma libre y anónima.

La empresa de orfebrería, fundada por Juan Borrero Campo en Triana (Sevilla), cuenta con una experiencia de más de 50 años en la elaboración de orfebrería religiosa. En concreto, ha realizado trabajos para hermandades y cofradías de toda España, además de diferentes artículos exportados a otros países como Italia, Bruselas y México, entre otros.